

QUISICOSAS

¡POBRE EDME CASTILLO!

Por MARTIN PAZ.

UN diario de la capital, para hacerse reclamo, organizó un concurso de simpatía entre «obreras» del Distrito Federal.

Las casas de comercio hallaron en ello una ocasión para obtener un anuncio llamativo y barato, y desde la fábrica de corsés y el almacén de medias, hasta la dulcería y la panadería, ofrecieron obsequios a la vencedora.

Claro está que, como que se trataba de un reclamo, de un concurso, más que de simpatía, de anuncios, la empresa periodística que lo organizó ha tratado de sacarle al juego todo el jugo posible.

Hubo un escrutinio, y otro escrutinio, y otro escrutinio, hasta que, ya obtenido el reclamo necesario para las casas comerciales donantes de los regalos, la reina de la simpatía fué proclamada, y Edme Castillo, de humilde y honrada obrera, de «sencilla, ingenua y buena», de «virgencita», como cariñosamente la denominaban sus compañeros, quedó convertida en celebridad.

Ya Edme Castillo tiene un puñado de oro.

Y tiene medias de seda, y sombreros elegantes, y charolados zapatos, y corsés a la francesa, y esencias, y polvos, y todo cuanto ha menester una mujer para estimar en más la vanidad que la virtud y para dejar la senda del honrado trabajo para emprender otra más vistosa, más riente, pero ¡ay! mucho más triste en realidad....

¡Pobre Edme Castillo!....

Dejarás tu empleo en la Telefónica.

Alejarás de tí, con tanto horror como alegría, las humildes prendas que cubrían tu cuerpo de «virgencita», para emperifollarte con galas y atavíos que la codicia humana ha puesto a tu disposición para satisfacer una sed de reclamo.

Ya no tendrás por amigos a las alegres compañeras de trabajo y a los sanos y robustos obreros que te llamaban, dulcemente: «la virgencita».

Te rodeará la vanidad de los hombres ávidos de sensacionalismo.

Te acechará el deseo de los tenorios de barrio y de los conquistadores de oficio.

Volarán en torno de tí, como cuervos junto al moribundo, las viejas asquerosas que comercian con la carne blanca.

Y arrancada de tu centro de vida normal, sentirás el vértigo del placer y la sed de grandezas vanas, falsas y tentadoras que te llevarán... quién sabe a dónde....

Dentro de pocos meses, tus pies no admitirán más caricia que la de las medias sedosas, tu cuer-

po no podrá traspasar sin la dulzura de los perfumes; tu linda cabecita necesitará, para salir al aire libre, la protección del elegante sombrero, y tus manos se resistirán a no sentirse aprisionadas por el fino guante....

¡Pobre Edme Castillo!....

Yo que no te conozco y que, probablemente, no te conoceré nunca;

Yo, que ya voy para viejo y sé mucho de la vida que tú ignoras, y que, ojalá y para tu bien, ignorarás siempre;

Yo, que a fuerza de vivir mucho, mucho he visto, voy a darte unos consejos:

Vende todos estos cachivaches inútiles y nocivos que la sed de lucro del comerciante te dió.

Entrega a tu madre, si por dicha aún te vive, todo ese dinero que ha llegado a tus manos por un capricho de la suerte.

Sigue en tu honrado trabajo, siendo la humilde, la dulce, la buena virgencita de otros días.

Y si tienes novio, y si éste es un honrado trabajador que te quiso cuando eras la sencilla obrera, no le trueques, pobrecita Edme, por los moscones que van a cortejarte.

Sigue la vida de antes, olvidando, hasta donde sea posible, esa ráfaga de tentación que amenaza arrebatarte el cariñoso apodo que te dieron los tuyos, los humildes, los que se enorgullecen de tenerte por compañera de trabajo....

Si no lo haces así, virgencita, llorarás mucho, mucho, pobrecita Edme Castillo!....

Martin Paz

—La desdicha depende menos de lo que uno sufre, que de la impaciencia con que aumenta su desventura.—SÉNECA.

—La desgracia del hombre no consiste en carecer de lo que necesita, sino en no saber qué hacer con lo que tiene.

—Los hombres más temibles son los prudentes.

—El objeto de la educación femenina no ha de consistir en transformar a la mujer en dictionario.